

«Los placeres del tejedor»

Luis Mateo Díez

ESTA antología personal de Antonio Pereira -que no ha querido cumplir con ella un trámite, sino un acto de creación, al reordenar viejos y nuevos poemas para una lectura también nueva, distinta y significativa- resulta, para el conocedor de su obra, particularmente gratificante, por lo que supone como posibilidad de ahondar en un mundo lírico de la mano de quien más sabe de él, que es -obviamente- el propio poeta, y me parece que puede ser una espléndida vía de acceso para quién por vez primera se acerque a ese mundo: la variada belleza de los poemas se orchestra con un cierto toque de misterio interior y compone un equilibrado dibujo de figura, en los versos que el poeta elige para detallar, al menos, una parte sustantiva de su propia identidad lírica.

Pereira ha tenido ese acierto de plantear la antología con esa confesada pretensión creadora, y lo que -a mi modo de ver ha conseguido- es, entre otras cosas, evaluar la dimensión simbólica de su poesía, buscando contrastes, compaginaciones, referencias significativas que no nacen de una mera reordenación, más o menos temporal o sentimental o temática, sino de la libertad y el instinto creador de quien profundiza en la relectura de los textos propios, buscándoles más hondas iluminaciones.

La seda y el hierro -cómo términos del bello título del libro- auspician algunos sumergidos brotes de las más bellas imágenes de los poemas, e inciden -entre el símbolo y la metáfora compiladora- en el doble juego del sueño y la memoria: la amada, la pasión, los placeres del tejedor, en contraposición amable y melancólica al metal, el trabajo, la rememoración del esfuerzo y su herencia en los paisajes familiares.

Todo el canto de Pereira está trascendiendo por un tierno regusto de oda elemental, de belleza subsidiaria. Y sostenido en la ironía de quien biográficamente afirma que: «los poetas nacen en feligresías apartadas, de concejos con nombres de lluvia cayendo»